

ASI SE PARO EL GOLPE / SABINO FERNANDEZ CAMPO CONOCE COMO POCOS LAS CLAVES DE LAS 15 HORAS QUE MEDIARON ENTRE EL ASALTO DEL CONGRESO Y LA RENDICION DEL TENIENTE CORONEL ANTONIO TEJERO. EL EX JEFE DE LA CASA DEL REY EXPLICA COMO SE LAS INGENIO DON JUAN CARLOS PARA DETENER LA INTENTONA INVOLUCIONISTA



BERNABE CORDON

SABINO FERNANDEZ CAMPO

M.CERDAN/A.RUBIO

Sabino Fernández Campo (Oviedo, 1918) estuvo durante casi tres lustros al frente de la Casa del Rey: primero, como secretario general (1978-1990), y más tarde como jefe de la propia Casa (1990-1993), cargo en el que sucedió a Nicolás de Cotner, marqués de Mondéjar. El vivió desde el corazón de La Zarzuela todo lo ocurrido desde el momento en que se conoció que Tejero había asaltado el Congreso a punta de pistola. Ahora, 20 años después de aquel lamentable episodio, Fernández Campo quiere hacer alguna aclaración antes de responder a nuestras preguntas:

—Cuando se cumplen 20 años de los acontecimientos del 23 de febrero de 1981, en los que me correspondió participar como secretario general de la Casa de S.M. el Rey, yo había pensado en tomar una decisión: no hacer declaraciones sobre un hecho en relación con el cual yo no tengo todas las claves. Pero, después de meditarlo mucho, creo que mi silencio podría interpretarse como un deseo por mi parte de guardar algún secreto importante.

Por amistad y por compañerismo, siempre he lamentado profundamente la suerte de quienes tuvieron que pagar por sus deseos de lograr lo mejor para España a través de procedimientos equivocados. Ahora celebraría que todos rindieran culto a esa verdad que les honraría.

Pregunta.— Algunas personas que siguieron de cerca el 23-F mantienen que el golpe se paró gracias a Fernández Campo y a un coronel de la base aérea de Manises que desobedeció al general Milans del Bosch y así impidió

«ARMADA ME DIJO QUE EL PSOE LE VOTARIA PARA PRESIDENTE»

que despegaran los aviones.

R.— He de decir que sería absurdo concretar en personas determinadas, de un nivel muy secundario además, el resultado de lo sucedido. En aquellos momentos, y como consecuencia de mi destino en la Casa, yo tuve el honor de estar cerca del Rey y por eso estoy en condiciones de decir que todos los allí presentes actuamos de acuerdo con los propósitos y las directrices de Su Majestad.

Si tuviera que señalar a una sola persona que dirigió las acciones que condujeron finalmente al fracaso del golpe, ésa sería la persona del Rey que, no se olvide, es el jefe supremo de las Fuerzas Armadas, según la Constitución.

P.— Primero reforzó usted la guardia alrededor del Palacio y después le aclaró al general Juste que La Zarzuela no estaba detrás del intento de golpe. ¿Qué fue exactamente lo que le dijo usted a Juste para que la Brigada Acorazada no saliera a la calle?

R.— Ante una situación tan anormal, era completamente obligado que el servicio de Seguridad de La Zarzuela tomara las precauciones especiales aconsejables.

Y, por lo que se refiere a mi conversación con el general Juste, jefe de la División Acorazada Brunete, tengo que decir que se pro-

dujo bastante tiempo después del asalto al Congreso. Lo que hice fue responder a una pregunta suya a propósito de si el general Armada estaba en La Zarzuela o si se le esperaba allí. Yo me limité a reflejar la verdad: no estaba en Palacio ni, por supuesto, se le esperaba.

P.— ¿Qué habría sucedido si, cuando el Rey mantuvo una conversación telefónica con el general Gabeiras, Don Juan Carlos no hubiera sido informado por usted de que Armada estaba al frente del intento de golpe?

R.— Es que yo no informé de eso al Rey porque yo ignoraba entonces, y continuo ignorándolo

al Palacio de La Zarzuela.

P.— Pero Armada intentó vencer al Rey para que le recibiera en esos momentos. ¿Qué habría podido pasar si eso llega a producirse?

R.— Conocemos lo que sucedió: el Rey no recibió al general Armada.

P.— Cuando el Rey llama a Gabeiras, éste se disculpa y le pasa el auricular a Armada, su segundo. ¿Por qué no es el propio Gabeiras quien informa al Rey de la situación que se estaba viviendo en aquellos momentos?

R.— Recuerdo que hubo conversaciones del Rey con los generales Gabeiras y Armada. Tal vez lo que sucedió fuera que el jefe del Estado Mayor Central juzgara que, por la antigua y estrecha relación de Su Majestad con Armada, que había sido durante años secretario general de su Casa, éste podría informarle mejor de la situación.

P.— ¿Cómo fueron los momentos en que usted habla con Tejero para decirle que desista de la intentona y exigirle que no utilice el nombre del Rey?

R.— Yo hablé con Tejero, por supuesto con la aprobación de Su Majestad, muy al comienzo de su asalto al Congreso. Desde el servicio de Seguridad me facilitaron un número de teléfono del lugar en el que se encontraba. Le pre-

gunté qué estaba haciendo allí y por qué había dicho que estaba actuando en nombre del Rey. Le advertí que se abstuviera de hacer esa falsa afirmación y le exigí que abandonara el Congreso, puesto que ésas eran las órdenes del Rey. Tejero se limitó a contestarme que él no aceptaba más órdenes que las del general Milans del Bosch. Y me colgó el teléfono.

P.— El Rey habla con las capitánías y con todos los jefes militares y usted habla con Laina. ¿Puede explicarnos este reparto de papeles?

R.— Las conversaciones fueron múltiples, constantes y variadas. Lo natural era que Su Majestad, como jefe supremo de las Fuerzas Armadas, hablara con las más altas autoridades militares. Con Laina hablé en varias ocasiones para comentar las circunstancias y también para decidir y organizar, con la conformidad del Rey, un Consejo provisional de secretarios de Estado y subsecretarios para poder combinar adecuadamente las actuaciones militares con las civiles.

P.— Hay un momento en que la Junta de Jefes de Estado Mayor (JUJEM) decide hacer pública una nota en la que, inicialmente, se dice que la JUJEM se hace cargo de los poderes mientras se mantenga la situación excepcional que se estaba viviendo. Usted dice que la nota no puede hacerse pública en esos términos. ¿Convenció usted al Rey de que no se publicara?

R.— Es cierto que la Junta de Jefes de Estado Mayor había preparado, con el mejor de los propósitos, quiero decirlo, una nota en la que manifestaba que se hacía cargo de la dirección de todas las decisiones en los graves momentos que se atravesaban. Lo que sucedía era que esa loable actitud

«TEJERO ME CONTESTO QUE NO ACEPTABA MAS ORDENES QUE LAS DEL GENERAL MILANS Y ME COLGO EL TELEFONO»

ahora, si Armada estaba efectivamente o no al frente del golpe. Yo conocía tan sólo sus propósitos declarados de intentar colaborar para poner fin a la situación de quienes estaban en esos momentos recluidos en el Congreso. Lo que sí consideré oportuno fue que el general Armada permaneciera en su puesto como segundo jefe del Estado Mayor Central que era, sin necesidad de que se trasladara

trasladaba al ámbito militar, de manera exclusiva, todas las gestiones encaminadas a la resolución del problema. Parecía necesaria la colaboración civil y de ahí vino la constitución de un gobierno eventual de secretarios de Estado y subsecretarios. El Rey estuvo de acuerdo con este punto de vista y por eso se cursaron las órdenes en ese sentido.

P.— Después de eso, el general Armada y usted llegan a un pacto. ¿Cómo se logra y en qué consistió?

R.— Tuve más de una conversación con el general Armada, algunas continuando o terminando las que él mantuvo con Su Majestad el Rey, que debía atender otras llamadas urgentes. Alfonso Armada mostraba estar hondamente preocupado por la suerte de quienes se encontraban en el interior del Congreso y por la división que pudiera producirse en el seno de las Fuerzas Armadas. Para evitarlo,

**«ARMADA
ME SUGIRIO
DESPLAZAR
A ADOLFO
SUAREZ EN
UN INFORME
EN 1980»**

dijo estar dispuesto a acudir al Palacio de la Carrera de San Jerónimo y ofrecerse como presidente de un Gobierno de concentración en el que estuvieran representados todos los partidos políticos. Su Majestad dispuso, y así se lo trasladé al general, que si acudía al Congreso no lo hiciera en nombre del Rey sino por su iniciativa y con la autorización de su jefe inmediato, el general Gabeiras. Como amigo y compañero, me permití advertirle de lo extraño de su propuesta puesto que la votación que pudiera producirse sobre su iniciativa no podía tener el menor valor al estar el Gobierno y los diputados y senadores bajo la amenaza de unos fusiles. Incomprendiblemente, me dijo: «Los socialistas me votarían». La afirmación me pareció tan grave que, para no complicar más la difícil situación, le prometí reservarme entonces ese delicado punto, de la misma manera que le pedí que me prometiera que no iría a las Cortes diciendo que lo hacía en nombre del Rey. Más tarde tuve que explicar a Su Majestad en qué había consistido aquella conversación telefónica que él había presenciado.

P.— ¿Cometió Armada un error de cálculo cuando llamó al coronel Valencia Remón, que mandaba las tropas que habían ocupado TVE, para que éste autorizara la salida de las cámaras?

R.— Quien llamó desde La Zarzuela al coronel del que dependían las tropas que ocupaban TVE no fue Armada sino el jefe de la Casa de S.M. el Rey, el marqués de Mondéjar.

P.— ¿Quién se encargó de redactar la nota que se transmitió a las capitánías generales diciendo que la Corona estaba con la Constitución?

R.— Es muy difícil recordar ahora quién redactó las notas y documentos que en aquellos momentos se elaboraron en el Palacio de La Zarzuela, pero todas tenían la conformidad de Su Majestad.

P.— ¿Cuál fue el papel del general Gabeiras durante la noche del 23 de febrero?

R.— El era el jefe del Estado

Mayor Central y desempeñó puntualmente su papel en tan difícil situación.

P.— ¿Cómo se interpreta que Gabeiras despidiera a Armada, cuando éste se dirigía al Congreso, con la siguiente frase: «A sus órdenes, presidente»?

R.— No me consta en absoluto, aunque pude haberlo leído después en algunas de las informaciones publicadas.

P.— ¿Cuántas veces hablaron Milans del Bosch y el Rey durante la noche del 23-F?

R.— Creo que varias veces, pero no podría concretar el número.

P.— ¿Es cierto que el general Gutiérrez Mellado transmitió que la única manera de parar el golpe era cargándose a Tejero y que eso se intentó a través del general Alcalá-Galiano?

R.— No tengo ni la menor idea, pero me parece imposible atribuir al general Gutiérrez Mellado una decisión de

ese tipo.

P.— ¿Qué papel jugaron el general Quintana Lacaci, entonces capitán general de Madrid, y el general Lago Román, al mando de las fuerzas de operaciones especiales, los *boinas verdes*?

R.— Los dos, lo mismo que tantos otros militares, tuvieron un comportamiento ejemplar. Ambos fueron sacrificados más tarde por ETA.

P.— En el verano de 1980, el general Armada le envió a usted un informe secreto para que lo conociera el Rey. ¿Qué decía ese documento?

R.— Se trataba de un estudio sobre la situación general de España, que se juzgaba alarmante. Se sugería la presentación de una nueva moción de censura para desplazar al presidente Adolfo Suárez y formar un Gobierno de concentración presidido por una persona neutral, sin significación política determinada.

P.— ¿Qué participación tuvo el Cesid en los preparativos?

R.— Lo ignoro.

P.— ¿El entonces comandante Cortina le visitó a usted o visitó al Rey en las fechas previas al 23-F?

R.— Tampoco lo sé pero sí puedo afirmar que Cortina no me visitó a mí nunca.

P.— ¿Cuál es su juicio, al cabo de los años, sobre las consecuencias de aquel golpe fracasado?

R.— Es indudable que el intento tuvo consecuencias importantes y contradictorias. Por un lado, robusteció la institución monárquica, por la actuación de Su Majestad el Rey, y por otro, consolidó la democracia.

Por el contrario, las Fuerzas Armadas —que en su mayoría permanecieron fieles a la Constitución— se vieron afectadas en su moral, y no sólo por la actuación violenta de un limitado grupo, sino también por el desarrollo del Consejo de Guerra posterior.

Creo que muchas veces es preferible no hurgar en viejas heridas que ya deben estar cicatrizadas y limitarse a recordar la experiencia de un hecho que marcó la Transición española y debe servirnos de lección para el futuro.

EL 23-F ES UN LIBRO DE ARENA QUE SIGUE Y SIGUE

MIGUEL ANGEL MELLADO



El Rey se dirigió al país en la madrugada del 24 de febrero.

La línea consta de un número infinito de puntos; el plano, de un número infinito de líneas; el volumen, de un número infinito de planos; el hipervolumen, de un número infinito de volúmenes...» Y el golpe del 23-F, de un número infinito de libros y más libros.

El párrafo entrecomillado, extraído del arranque de *El Libro de Arena*, de Jorge Luis Borges, es la metáfora adecuada y sublime ante la esforzada pretensión de más de una decena de autores españoles —la mayoría, periodistas y militares— en contarnos aquel aciago suceso que consiguió justo lo contrario de su propósito: soldar definitivamente la democracia con el pueblo español, y poner en su sitio, en el pabellón de la reserva activa, a los militares.

Y, claro, *El Libro de Arena* se llama así porque ni el libro (sobre el que Borges fantasea en su relato) ni la arena tienen principio ni fin. Pues lo mismo sucede con la asonada del 23-F y la profusión editorial sobre aquel evento.

Si el sumario del 23-F constó de 12.000 folios, más cuatro tomos con aquellas declaraciones efectuadas por los inculcados bajo el «síndrome del sacacorchos» (habla poco y no culpas a nadie, y así salimos todos a flote), los libros con el marchamo investigador del 23-F suman casi otras tantas páginas. Desde aquel *Con la venia... Yo investigué el 23-F*, de la siempre oportuna Pilar Urbano, hasta el último en llegar a los anaqueles de las librerías, *Ni Tejero ni Milans*, del ex espía Juan Alberto Perote, no han cesado de salir libros con los títulos más variopintos.

El militar golpista Pardo Zancada nos prometió *La pieza que falta*; el historiador Ricardo de la Cierva escribió *Sin Máscaras*; Juan Blanco, subdirector del periódico golpista *El Alcázar*, se contradijo con los hechos y escribió una *Crónica fiel de un golpe anunciado* por llamarla de algún modo; los periodistas Prieto y Barbería se centraron en *El enigma del Elefante*; otros compañeros de profesión, con P.J. Ramírez al frente, miraron hacia el futuro y columbraron *Los ejércitos más allá del golpe*.

Seis libros, sin contar las memorias desmemoriadas del ex general Alfonso Armada, quien al parecer ha puesto el punto y final a lo que el ahora empresario de camelias no reveló sobre el golpe, su participación dirigente y diligente y la de otros señores, páginas que no verán la luz hasta cinco años después de su muerte y la de su esposa.

La factoría literaria ha alcanzado su éxtasis con motivo del 20 aniversario. Además de Perote, otros cinco ensayos se han incorporado en estas semanas a la bibliografía del último golpe del siglo y del milenio. Todos ellos, con títulos prometedores y anteceditos por un ya eufónico 23-F: *La conjura de los necios*, del trío Cernuda, Jáuregui y Menéndez; *17 horas y media*, de Javier Fernández; *El golpe que nunca existió*, del ex militar Martínez Inglés, y *El golpe del Cesid*, de Jesús Palacios.

Tal día como hoy, hace cuatro lustros, *El Alcázar* alentaba desde su primera página a que la superioridad máxima (el Rey, se supone) interviniera de forma inmediata para poner fin al descalabro del experimento democrático. Los militares Armada, Milans, Tejero, Iniesta Cano y Más Oliver, principales cabecillas del «tejerazo», tenían la maquinaria retrógrada lista para subvertir el orden y regresar a la Prehistoria.

Pero la gran pregunta es: ¿no hubo nadie más importante entre los implicados? La mayoría de los libros publicados en estos días señala con el dedo acusador al CESID, la central de espías españoles, y concretamente al superagente Cortina. Él estuvo metido hasta las cachas en la *movida golpista*, por más que en el juicio quedara exculpado. Más aún: Javier Calderón, entonces número dos de La Casa, debería dar una explicación pública e inmediata de si tapó

la intervención de agentes en el movimiento involucionista, pues curiosamente en estos días de aniversario es el mismísimo Calderón quien dirige el Cesid.

¿Nos podemos fiar de él? Por la lectura de libros como el de Jesús Palacios o el de Perote, la respuesta es decididamente no.

Martínez Inglés va más lejos aún y de su análisis se desprende que, además de la confluencia en aquellos días de tres golpes (¡qué trabajadores, los militares golpistas!) era imposible que el inquilino de La Zarzuela no supiera nada.

¿Existe un interés en la calle parejo al despliegue editorial? Eso pronto se sabrá, pues las cajas registradoras de las librerías no son de arena, y tanto dura un libro en los expositores como se mueve la cinta de tiques. «Majestad, se va a producir un golpe», cuenta Palacios que Alfonso Armada anunció en el Palacio de La Zarzuela aquel 13 de febrero (pág. 339), con la reina Federica, la madre de Doña Sofía, de cuerpo presente. «Díle a Mellado (Gutiérrez) lo que me estás diciendo».

Si ese día se hubiera tomado en serio al felón salvapatrias entorchado, hoy nos habríamos ahorrado papel, con lo caro que está.

**DE LOS LIBROS SE
DESPRENDE QUE NO
PODEMOS FIARNOS DE
LOS ESPIAS DEL CESID**